BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

CAPITULO VII.

LAS MISIONES.

(1869-1875.)

La obra civilizadora del Presidente iba ganando terreno; ciudades y aldeas tenian sus párrocos; todas las clases de la poblacion, la enseñanza, desde el mas alto al ínfimo grado; los huérfanos, asilo donde acogerse y formarse en la vida cristiana; los pobres enfermos, hermanas ó mas bien, verdaderas madres para cuidarlos; hasta los párias del mundo, las mugeres perdidas, los vagabundos ó criminales, medios de rehabilitacion. Esto no obstante, el celo y solicitud de Garcia Moreno, que todo lo abarcaban, no podian olvidar que al lado de estos infelices, por miserables que fuesen, habia otra clase de ecuatorianos harto desdichada tambien por distinto concepto.

Mas allá de las Cordilleras y en la vertiente oriental de los soberbios picos nevados, se extiende una inmensa planicie de doce mil leguas cuadradas. En ese territorio que confina con el Brasil, en medio de selvas vírgenes, á las márgenes del Napo, del Ma-

rañon, del Putumayo y de otros rios mas ó menos caudalosos tributarios del Amazonas, viven doscientos mil indios salvages, casi todos nómadas, la mayor parte de índole buena y sencilla, aunque algunos, como los Jívaros, crueles y belicosos. Su religion consiste en fábulas extravagantes, en medio de las cuales, domina, sin embargo, la existencia de un Espíritu superior, á quien se reune el hombre en la vida futura, si ha logrado libertarse de las influencias del mal Espíritu.

En el pasado siglo, penetrando los jesuitas en estas lejanas regiones, habian establecido, como en el Paraguay, una verdadera civilizacion. La provincia del Marañon contaba seis grandes divisiones, sesenta y cuatro poblaciones y ciento sesenta mil neófitos. Se puede seguir en el mapa las huellas de su tránsito, por la denominacion de las localidades en que se habian formado esas aglomeraciones de cristianos. En él podemos ver el nombre de Jesús, de Maria, de la Trinidad, de San Miguel, Loreto, Santa Rosa, y San Salvador; nombres benditos, que no se pueden leer, sin recordar la abnegacion de los generosos misioneros que plantaban su tienda de campaña y pasaban su vida en medio de las tribus indias, para transformarlas, no solo en poblaciones civilizadas, sino en cristiandades dignas de la primitiva Iglesia. Naturalmente la filosofia liberal no podia sufrir esas usurpaciones de la religion sobre el mundo salvaje. Los jesuitas fueron, pues, arrojados, y los indios vueltos á su vida nómada. Se intentó sustituir á los religiosos con sacerdotes seculares; pero los unos no se sentian con mucha aficion á los habitantes de las selvas; los otros no tenian ni el sentido, ni el tacto necesario para gobernar las *reducciones*. Poco á poco desaparecieron, y los

indíos abandonaron tambien las aldeas para volver á sus antiguos hábitos y supersticiones.

Desde 1862 Garcia Moreno concibió el proyecto de intentar de nuevo la evangelizacion del Napo, y por eso en su convenio con la Compañia de Jesús, designó un doble objeto á la religiosos : fundar colegios en lo interior, y misiones en la provincia de oriente. De hecho, mediante los recursos proporcionados por los Obispos y por el Estado, los jesuitas se establecieron en cuatro centros principales : Macas, Napo, Gualaquiza y Zamora, de donde se derramaban en medio de las tribus nómadas.

En 1864 el P. Pizarro, nombrado ya Vicario apostólico, se encontraba con sus misioneros en las orillas del Napo, cuando los cómplices de Maldonado, Jaramillo, Lamotha y consortes, habiendo sido condenados á la deportacion, como queda referido en su lugar, invadieron aquella tierra, y se dejaron caer sobre la casa de los jesuitas, á quienes llamaban cómplices del tirano. Los misioneros fueron encadenados, abofeteados, llenos de insultos y malos tratamientos. Despues de haber saqueado la capilla, profanado los vasos sagrados, y cometido las mas odiosas exacciones, aquellos facinerosos se dispusieron á ganar las fronteras del Perù, llevando consigo los misioneros de la naciente cristiandad. Los obligaron á meterse en un bote á presencia de los indios, que en pie, á la orilla, lloraban con ardientes lágrimas. Uno de aquellos pobres indígenas, viendo á los prisioneros maniatados, como criminales, exclamó para consolarlos : « ¡Padres, Jesús murió en la cruz! ». Cuando el barco se alejó, los salvajes se pusieron á dar gritos de desesperacion, pidiendo de rodillas la bendicion postrera. Luego corrieron orillas del rio, para seguir la canoa hasta perderla de

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

vista [1]. Júzguese quienes eran los verdaderos salvajes, si los indios que lloraban á sus bienhechores, ó los civilizados que se los robaban en ódio al nombre de Jesús. La peor de las barbaries es el satanismo revolucionario.

Cuando en 1870 entró nuevamente en el poder Garcia Moreno, que por nada se desaminaba, estableció la obra de las misiones sobre bases mas firmes. Sin tener en cuenta la animosidad sectaria contra los jesuitas, invistió al Vicario apostólico de poderes civiles muy amplios. El 21 de Abril de 1870 apareció el siguiente decreto que hizó dar un salto á los liberales : — Siendo imposible organizar un gobierno civil entre los salvajes, é igualmente imposible la vida social sin autoridad, los Padres misioneros establecerán un gobernador en cada centro de poblacion, invistiéndole del derecho de mantener el órden y administrar justicia. Podrán estos gobernadores imponer penas ligeras para los delitos ordinarios, desterrar del territorio de la mision á los perturbadores incorregibles, y transportar á Quito á los homicidas para que sean juzgados. En cada centro habrá una escuela fundada á expensas del gobierno, á la cual tendrán obligacion de concurrir todos los niños hasta la edad de doce años, y se les enseñará además de la doctrina cristiana, la lengua española, la aritmética y la música.

El gobierno prohibió enseguida la venta á crédito, bajo pena de confiscacion de los objetos vendidos y de destierro del territorio oriental. La razon de esta prohibicion es que los vendedores al fiado, especulando con la sencillez de los indios, exigian de

[1] Carta del P. Pizarro, *Correo del Ecuador*, 2 de Noviembre de 1864.

ellos intereses tan usurarios, que en nada se diferenciaban del puro y simple despojo. El decreto concedia, en fin, auxilio y proteccion á los misioneros, prometiendo hacerlos respetar, y aun defenderlos con la fuerza armada.

Esta última cláusula no es supérflua. Desde la inauguracion de las misiones, los mercaderes perjudicados en sus intereses, calumniaban á los misioneros entre los indios. Aquellas gentes simples y cándidas se imaginaban que la venta á crédito les traia grandes ventajas, é incendiaron la casa de los jesuitas. Pero una compañia de soldados, enviada por el gobierno, restableció el órden, é hizó que repasasen las montañas los indignos traficantes. Los indios se sometieron, á escepcion de la tribu de los Jívaros. « No está lejos el dia, decia Garcia Moreno, zefiriendose á esa gente, en que tengamos que perseguirla en masa á mano armada para ahuyentarla de nuestro suelo y diseminarla en nuestras costas, dejando libres á la colonizacion aquellas fértiles é incultas comarcas. Para estas y para otras partes despobladas de nuestro territorio, obtendremos en breve una inmigracion de alemanes católicos, si dais al gobierno la autorizacion y los fondos suficientes [1]. »

Desde aquel punto, los trabajos de los misioneros produjeron los mismos frutos que en tiempos pasados. Pudieron formarse nuevos grupos de convertidos en Loreto, Archidona, Ávila y la Concepcion, abrir escuelas en que millares de niños recibieron la instruccion, fijar centros ó puntos de reunion para los nómadas que los Padres evangelizaban en ciertos dias. Dos años despues, la mision del Napo contaba ya unas veinte aldeas y cerca de diez mil cristianos.

[1] *Escritos y Discursos*, t. II, p. 280.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

Mas; ay! Garcia Moreno desapareció precisamente cuando iba á entregar al comercio y á la industria comarcas tan notables por su inmensidad, como por sus riquezas y pintoresca hermosura. Estaba tan adelantada la obra, que insistia cerca de la Santa Sede para obtener un segundo vicariato apostólico. Pero con él se desvaneció tan magnífica perspectiva. Los traficantes volvieron al Napo, lanzaron á los jesuitas, y dispersaron las reducciones. Religiosos aislados llegaron á permanecer algun tiempo en medio de las tribus errantes; pero en impotencia casi absoluta de hacer el bien, á consecuencia de los obstáculos que suscitaban sus rapaces enemigos.

Los Estados liberales de la América del Sur tienen todos, en su parte oriental, una provincia salvaje. Solo Garcia Moreno acometió la empresa de llevar la antorcha de la civilizacion mas allá de las cordilleras, probando una vez mas á los llamados amigos de la humanidad, que el cristiano posee un corazon bastante grande para abrazar á todos los pueblos, y bastante generoso para llevarles, á costa de inmensos sacrificios, los bienes de que Jesucristo los ha colmado.

Bajo la inspiracion de este mismo celo, el presidente se esforzó en reavivar la fé, no solo en las regiones salvajes, sino en los cristianos del interior. Los habitantes de las montañas no estaban ménos desprovistos de socorros religiosos, que los ribereños del Amazonas. Apenas de tiempo en tiempo iba un sacerdote á visitarlos en sus lejanas soledades. No recibiendo mas que una remuneracion insuficiente para vivir, el cura no se creia obligado á residir en su parroquia. Retirado en casa de sus padres ó en una ciudad vecina, presentábase tres ó cuatro veces al año, á fin de estar autorizado

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

á percibir los frutos de su beneficio. Las familias vegetaban en la ignorancia, los enfermos morian sin sacramentos, los niños ni siquiera eran bautizados. Para dar vida á estas parroquias abandonadas, Garcia Moreno aumentó el número de pastores, les señaló renta suficiente, y los obligó á la residencia. Los gobernadores tenian órden de vigilar para que el servicio parroquial se hiciese regularmente, y dar cuenta á quien correspondia, de las menores infracciones.

En el litoral, las dos provincias de Esmeraldas y Manabí, languidecian tambien á consecuencia de su alejamiento de Quito y Guayaquil, cabezas de sus respectivas diócesis. Veinte ó treinta parroquias bastante populosas, se encontraban, por decirlo asi, privadas de vida y movimiento. El presidente suplicó al Sumo Pontifice que crease una nueva diócesis, verdadera diocesis de misiones, cuya capital seria Portoviejo. Un Obispo vinó á fijarse en medio de estas ovejas sin pastor, sacerdotes celosos recofrieron las parroquias predicando la palabra divina, y la vida cristiana tornó á circular en aquellas regiones por tanto tiempo desoladas.

En fin, en ciudades y campiñas se encontraban muchos cristianos que no cumplian sus deberes religiosos. La ignorancia, las pasiones viciosas, el respeto humano, la impiedad revolucionaria, y á veces, todas estas causas juntas, los detenian en el umbral de la iglesia. El pequeño número de pastores que apénas llegaban á trescientos, dispersos y como perdidos en medio de inmensas parroquias, explica la indiferencia de las ovejas, sobre todo, en los ayuntamientos rurales, donde el sacerdote era apenas conocido. Garcia Moreno comprendió que la obra de los misiones debia necesariamente agre-

garse al ministerio parroquial, para hacer volver á la práctica de la religion los que tanto tiempo hacia que la habian abandonado. Recurrió á los religiosos del Santísimo Redentor, hijos de San Alfonso de Ligorio, cuya vocacion especial es llevar á todos, y principalmente á los mas desamparados, el beneficio de la redencion. Dos colonias de redentoristas franceses se establecieron, una en Cuenca y otra en Riobamba, para partir desde ambos focos, á las vertientes y valles del Azuay y del Chimborazo. Gracias á la generosidad del presidente, que se encargó de los gastos de viaje y á veces de sostenimiento, y bajo los auspicios de los Diocesanos, cuyo celo secundó sus esfuerzos, los misioneros llegaron en poco tiempo á crear en las ciudades focos de verdadera piedad, y á dispertar á los caserios de su marasmo. Yban de dos en dos, á caballo, delante de una aglomeracion de viviendas perdidas en los bosques, ó como pendientes en la falda de un volcan. Mil veces esas pobres gentes, al anuncio de una mision, abandonaban su cabaña y su trabajo, y hacian un viaje de cinco ó diez leguas para asistir á los santos ejercicios. Donde no habia iglesia, se construia apresuradamente una tienda de ramaje. Durante quince dias el pueblo se agolpaba á este santuario improvisado, para oir la doctrina, rezar el rosario y entonar piadosos cánticos. Todos, despues de haber llorado sus pecados y recibido á Dios, se consagraban á la Virgen Maria, reclamando su perpétuo socorro para si y para sus familias. Venia entónces el dia de la separacion, frecuentemente acompañada de escenas desgarradoras. Estas buenas gentes no podian acostumbrarse á la idea de no volver á oir á aquellos enviados del cielo, que los habian sacado del abismo, para ponerlos

en camino de salvacion. Se les vió alguna vez en el momento de la despedida, postrarse de hinojos, cerrar el paso á los caballos, y sollozando, conjurar á aquellos padres de su alma, como los llamaban, á permanecer en medio de ellos.

Las misiones no excitaban en las ciudades ménos entusiasmo. En 1873, los redentoristas predicaron los santos ejercicios en la capital en medio de un inmenso auditorio, compuesto de todas las clases de la poblacion. El presidente á la cabeza de su pueblo, asistia á todos los sermones. Despues de haber devuelto à Dios muchos millares de almas, terminó la mision por la ereccion de un calvario, ceremonia que dió ocasion á una escena de los antiguos tiempos. La vasta iglesia metropolitana no podia contener el oleaje del pueblo que se apresuraba á entrar. En el puesto de honor figuraba el presidente rodeado de autoridades civiles y militares.

Antes de príncipiar la procesion, uno de los padres misioneros subió al púlpito. Habló del signo augusto de la redencion y de los respetos que le son debidos; dijó que la procesion de la cruz por las calles de la capital debia ser el triunfo del divino Salvador; recordó que el emperador Heraclio no se habia desdeñado de llevar en sus hombros el sagrado madero del Calvario : » Espero, añadió, dirigiéndose á los hombres, que todos, hollando respetos humanos, envidiareis esa mísma honra ». Apénas hubó dicho estas palabras, cuando el presidente, revestido de todas sus insignias, dejó su puesto, se aproximó à las andas y junto con sus ministros, se apoderó de la preciosa carga. Asi atravesó la capital, llevando sobre sus hombros ante el pueblo entero, la imágen de aquel Dios, á quien él queria hacer reinar en las leyes y en los cora-

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

zones. ¡Que leccion para esos repúblicanos de Europa que se glorian de arrancar la cruz en las escuelas, en las plazas públicas y hasta en los cementerios!

El celo del presidente por la regeneracion religiosa de la nacion fué coronado por un éxito magnífico. Júzguese por el testimonio del P. Lorenzo, guardian de los misioneros capuchinos establecidos en Ibarra, la infortunada ciudad víctima del terremoto de 1868. » La religión católica, escribe, es aqui muy respetada : por todas partes se levantan templos. El dia 20 de Julio, salimos de Quito para esta ciudad de Ibarra; supieron nuestro arribo, y dos leguas antes de llegar á la poblacion, nos aguardaban muchos de sus habitantes; más de cincuenta arcos de adorno tenian levantados en el camino, y con músicas y regocijos, nos acompañaron hasta la ciudad.

» Ibarra..... quedó poco menos que destruida años atrás por un terremoto. Actualmente está muy adelantada su reedificacion..... Para reparar las ruinas causadas en nuestro templo, nos acaba de dar mil pesos el presidente. Los dominicos vuelven á levantar el suyo; el gobierno construye un vasto hospital, y el Obispo, una catedral. En una palabra, todo respira religiosidad entre estos repúblicanos : en el Ecuador prosperan conventos de todas clases, no se oyen blasfemias ni maldiciones, son santificadas las fiestas; en el ejército es muy vigilada la observancia de los mandamientos... y para frecuentar en él la piedad, el actual presidente manda que cada batallon tenga todos los años unos dias de ejercicios espirituales [1]. »

[1] *La Verdad*, 23 de Febrero de 1874.

Garcia Moreno gozábase en el prodigioso cambio de que él habia sido promovedor y testigo. Despues de la mision de Quito, escribia á un amigo : » El buen Dios nos bendice, y el país progresa verdaderamente, y la reforma de las costumbres se nota en todas partes, gracias á los jesuitas, á los dominicanos, á los observantes, á los redentoristas, á los carmelitas, etc, que ayudan, llenos de celo, á los sacerdotes del país. Es incalculable el número de los que, durante la cuaresma, han sido regenerados por la penitencia. Como en nuestra juventud se contaban los que cumplian los deberes religiosos, hoy contamos los que rehusan cumplirlos. Se diría verdaderamente que Dios nos lleva por la mano, como hace un tierno padre con un niñito que principia á dar sus primeros pasos ».

[1] En Junio de 1873.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

CAPITULO VIII.

OBRAS PUBLICAS Y HACIENDA.

(1869-1875.)

Pasa como axioma entre los modernos paganos que la civilizacion no consiste en el perfeccionamiento moral y religioso de un pueblo, sino en su progreso material. Estudiar la materia en sus fuerzas íntimas y sus formas exteriores, sacar de ella por artes nuevas y la produccion cada dia mayor, todo el bienestar que puede proporcionar á este descendiente del mono que se llama hombre, de manera que esté mejor domiciliado, mejor vestido y alimentado, mas rico y repleto que sus antepasados; he ahi el progreso. Y en realidad, no puede haber otro para los filósofos que suprimen á Dios y el alma. Si no hay Dios, el progreso en religion no es mas que progreso en supersticiones, y si el alma es un mito, el órden moral viene á ser un absurdo. Tal es la teoria del positivismo, nueva religion al uso de los que gozan, y desgraciadamente, mas en boga y mejor practicada que la religion de Jesucristo.

Otro axioma del mundo moderno : no se consigue el progreso material, sino á condicion de establecer